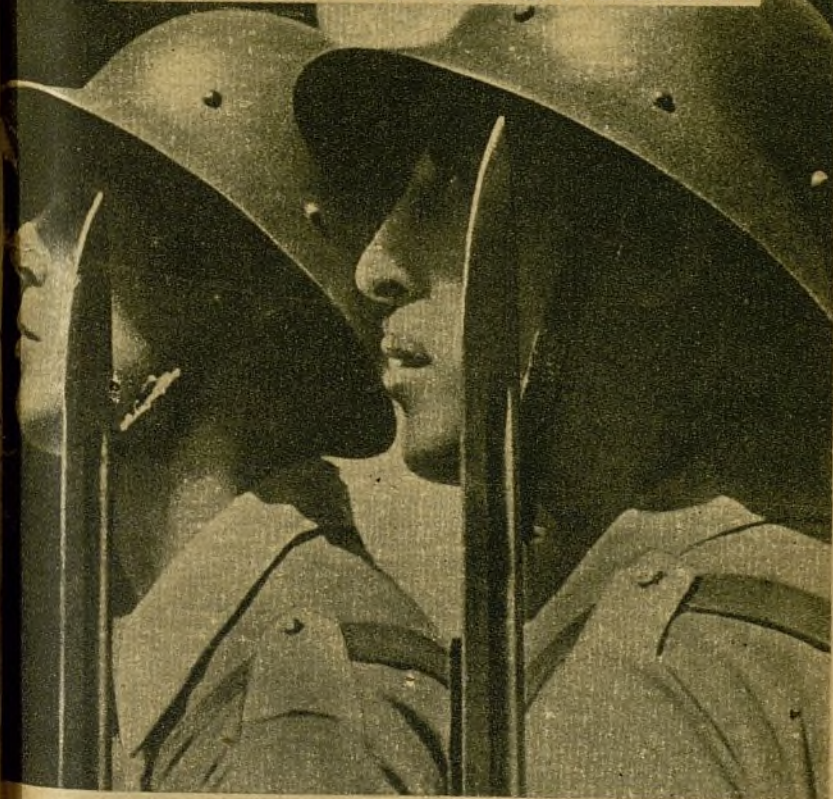


CHARLAS POPULARES

LO QUE SIGNIFICA LA GUERRA



**UN EJERCITO POPULAR
Y DEMOCRATICO AL SERVI-
CIO DEL PUEBLO**



MINISTERIO DE DEFENSA NACIONAL

Ayuntamiento de Madrid

CARÁCTER DE CASTA DEL VIEJO EJÉRCITO

Entre las diversas acepciones del vocablo casta se incluye la de casta política que alude a la pretensión de gobernar al pueblo sentida por los componentes de determinado grupo social.

Si la Historia y experiencias recientes, en lo que va de siglo, no probaran hasta la saciedad cómo la arcaica milicia, y con qué funesta intensidad y reiteración, ha intentado, y en ocasiones conseguido, sojuzgar al pueblo, sería difícil convencer al observador imparcial del carácter de casta del viejo Ejército.

Por desgracia, los hechos son tan expresivos que no se precisa mayor demostración.

Pero si interesante es concluir en definición tan exacta, no lo es menos indagar las causas que han informado y mantenido a lo largo de las generaciones ese espíritu de casta.

¿De qué medios se valió la institución monárquica para crear en la vieja milicia el espíritu de casta? Ya en los manuales de primeras letras sobre Historia de España queda reducida la vida de los pueblos a una sucesión de reinados y batallas como si monarcas y caudillos fueran los únicos protagonistas

de la Historia y nada hubiera de glorioso ni siquiera de interesante fuera de los palacios y de los campos de Marte. Contra esta anquilosis del cuerpo histórico ya se rebelaba Almirante al afirmar: «Sucedo hoy un fenómeno curioso: mientras a los niños y a la juventud se les sigue enseñando en las aulas historia que pudiéramos llamar de pacotilla, años ha que los hombres algo letrados tienen para su propio uso otra historia distinta de la que aprendieron, más adecuada a los tiempos en que vivimos». La exaltación por las glorias militares, tan prematuramente encendida en los corazones infantiles, era ya una eficaz propaganda para sembrar la semilla de la soberbia belicista y multiplicar vocaciones que pronto irían a cuajar en los centros de enseñanza del viejo Ejército.

A edades tempranas, entre los 14 y 18 años, las academias sorbían en su seno periódicas oleadas de cadetes, imbuidos ya del sentimiento monárquico y cuya fanatización había que completar. Esa ingenua vanidad del adolescente metido a hombre, luciendo uniforme y arrastrando sable, halagada por el untuoso reconocimiento de pequeñas poblaciones, sin otra vida apenas que la que le infundían las academias, constituía el primer paso dirigido hacia la soberbia de casta. Los mejores edificios, erguidos castillos levantados muchos codos por encima de la localidad, albergaban la cuna de las distintas Armas. Y allí dentro, tras aquellos muros dorados por el

tiempo y mirados como sagradas reliquias de nuestra Historia, comenzaba el aprendizaje del automatismo y surgían los fetiches y tabús que habían de acompañar ya, para siempre, a los futuros Oficiales. Paradas brillantes, geométricos desfiles, fascinadora sugestión, monopolio del honor; todo parecía encaaminado hacia la adquisición de virtudes militares. Pero cuando se decía que la milicia es una religión de hombres honrados se interpretaba por aquellos jóvenes altivos como un patrimonio exclusivo de la casta que los ponía por encima de los demás sectores sociales. Los textos de educación moral hablaban, sí, de ciudadanía; pero al final de ellos se incluían unos modelos de conferencias para la tropa en las que se execraban las modernas teorías y se tachaba a los socialistas, entre otros, de peligrosos enemigos de la sociedad. Raro era el año en que el rey no asistía a alguna fiesta militar de los cadetes. El ídolo, tantas veces reverenciado por profesores y alumnos, se presentaba a los ojos de éstos, dignándose descender hasta ellos y arengarlos, vistiendo también el uniforme militar. De esta manera, a medida que crecía la adhesión a la persona del monarca, los aspirantes a Oficiales se sentían distanciados del pueblo y hasta de los demás grupos de su misma clase social. La nueva oficialidad salía fanatizada de las academias, ensoberbecida, muy pagada de su condición, encumbrada sobre el resto de los mortales y envuelta en el caparazón de una perfecta cerrazón espiritual.

Si a esto se agrega la no disimulada predilección que la Institución monárquica mostraba siempre por el Ejército, el no descuidado halago en que siempre le tuvo; y se piensa que los cuartos de banderas y los campamentos de Marruecos no eran precisamente escuelas de ciudadanía ni de cultura; y se recuerda cómo en los conflictos sociales se echaba siempre sobre el pueblo al Ejército, que volvía del encuentro persuadido de que la superioridad de su fuerza era una superioridad integral; y si no se echa en olvido que el desastre de Annual hizo tambalearse los cimientos del trono, se comprenderá cómo al fin fué llegado el momento de que la casta privilegiada fuese exaltada desaprensivamente al Poder. Mas siete años de pleno ejercicio, declarando cada día la guerra a un sector más de la sociedad, maniobrando a capricho contra viento y marea de la opinión pública, elevada la soberbia al paroxismo, no bastaron para que la arcaica milicia se diese por satisfecha ni mucho menos para que mirase con regocijo el advenimiento de la República.

Descubierto el juego, derrumbada, por efecto de su propia podredumbre, la monarquía, el viejo Ejército aceptó circunstancialmente el disfraz republicano, se encogió, amilanado al principio, cauto luego en espera de mejor ocasión, pero sin renunciar nunca a su objetivo de bien definida casta política: asaltar el Poder en cuanto llegara la primera oportunidad.

El odio que sentía contra el pueblo, en general,

y en particular, una por una, contra todas las zonas sociales que lo componen, pronto se exteriorizó en el 10 de agosto. La República, que por boca de sus hombres más representativos había confiado en la caballería de los militares, pudo entonces aniquilar para siempre la arcaica milicia; pero, siempre también generosa, no lo hizo. En aquella fecha gran parte de la oficialidad, que había empeñado su palabra de lealtad al régimen, perdió el honor.

Vino más tarde el movimiento de octubre del 34. El pueblo, sintiéndose amenazado y agredido, se levantó contra los que pretendían atropellar su libertad y sus derechos. La reacción, hasta entonces agazapada y cobarde, interpretó la nobleza del pueblo, la ausencia de una revolución sangrienta que pudo haberla definitivamente exterminado, como un signo de debilidad. Y descaradamente, intentó resurgir. Mas la intuición popular, sin preparación apenas, fiada más que nada en el entusiasmo, se lanzó a impedir la consumación de la burla. Quien estime que ésta podía consentirse, quien considere que la libertad debe amparar a los enemigos de la libertad, que se mire en el espejo del 18 de julio y diga luego si no había motivos para desconfiar. Pero no necesitaba tan larga espera. La desalmada represión de octubre del 34 fué la resurrección de la vieja casta belicista, cargada de odios y sedienta de desquite.

Pero el país también resurgió en el 16 de febrero, en que el clamor popular nos devolvía la República

auténtica, desfigurada y prostituida en el bienio de la negra reacción.

¡Qué duro fué para la vieja casta tener que conformarse con que el pueblo expresara e impusiera su voluntad! ¡Qué duro es recibir en pleno rostro la execración por su vil conducta y qué vergüenza para su altivez recibirla, como lección generosa, por la expresión rotunda del voto popular! La arcaica milicia, desaparecida la institución que cultivó su soberbia en beneficio propio, era incapaz de transformarse; y a solas con su egoísmo de casta, preparó en la sombra la vengativa traición.

13 de septiembre, 10 de agosto, represión de octubre, 18 de julio. Eslabones de la misma cadena con que el Ejército quiso aherrojar al pueblo. ¡Vieja casta maldita, esta intentona es la última y, como la monarquía, te ahogarás en el mar de sangre que has vertido!

Carácter popular del Ejército Republicano

Sería injusto citar a Almirante como precursor de la idea de formar un Ejército del pueblo y no citar a Villamartin: «Las ideas políticas de Villamartin—dice su biógrafo—eran por extremo avanzadas. Republicano por convicción, y algún tanto socialista, por ese sentimiento que excita en todo corazón generoso la continua contemplación de la

miseria en que viven los desheredados de la fortuna...»

En la zona rebelde, y en la zona leal, había algunos, no por desgracia demasiados, oficiales que se sentían al lado de los desheredados de la fortuna. En la España fascista, ni uno solo de ellos ha traicionado su deber ni su ideal. En la España republicana, han sido la armazón técnica del nuevo Ejército, encauzando, organizando y perfeccionando aquel espontáneo y vital impulso de las milicias populares.

Estos Oficiales de profesión también pasaron por las academias, también sintieron la coacción moral forjadora del espíritu de casta; quizá en un tiempo llegarán a sugestionarse con los fetiches y tabús que les ponían por delante. En aquellas mañanas azules de Toledo, de Segovia, de Valladolid escuchaban la palabra de sus profesores que moldeaban en las aulas arquitectónicas el espíritu de casta. Puede decirse que, sin excepción, de aquellos centros de enseñanza surgían seres fanatizados por cuanto de inconcreto se escondía tras el vocablo Patria. La Patria, en opinión de aquellos autodidactas que conformaban espiritualmente la juventud militar, se concibe mejor que se define. Y así, sobre la adolescencia, ávida de fervores, brillaba el concepto brujo, misterioso, atraente, motivo de especulación para las instituciones putrefactas. Pero no en todos los Oficiales liberados de las academias persistía el influjo de la sugestión. Y algunos comenzaban a echar el monstruoso lastre

por la borda. ¡Terrible lucha, incomprensible para quien no la ha vivido, ésta por discernir donde se encontraba la auténtica verdad: si en aquellas alucinadoras fantasías con que se componía el panorama de un alma heroica o en las raíces mismas del pueblo sufrido, tolerante, misérrimo que clamaba por su redención, anhelante de una efectiva justicia social! Terrible es la lucha del hombre de manos encallecidas por el trabajo en pro de su indiscutible reivindicación. Duro es el vivir cuando la pobreza es todo el patrimonio de un hogar y un ansia irreprimible de rebeldía pone los corazones en tensión y los conduce en gesto, desesperado o idealista, hasta el sacrificio; pero aquellos hombres, caídos bajo la pesadumbre de la Historia, soportando el peso de las más carcomidas instituciones, tenían también el temple heroico; y aquellos oficiales supieron vencer en ellos el espíritu de casta, y son hombres duros, hechos a la pelea moral por mantener limpio de engaño su fondo insobornable. Y con estos hombres se forjó, como antes dijimos, la armazón técnica del Ejército Popular.

Pero con ser ésta una aportación valiosa, indispensable para que la dirección orgánica y operativa no faltase, con disponer de unos Oficiales que por sentir de veras al pueblo eran ya del mismo pueblo, el nuevo Ejército no se ha constituido en carne y hueso sino con la misma Nación hecha milicia. De ella han salido los nuevos mandos, que han vivido

la guerra desde su comienzo, que tras las privaciones, a que una sociedad injusta les sometió, han pasado por las mayores penalidades y han ascendido los peldaños de la jerarquía entre lluvias de balas. Toda la savia popular, lo más rico y acendrado en valores morales de la España antifascista, está en los cuadros del nuevo Ejército. Aun les queda buena parte por recorrer en el camino de su perfeccionamiento técnico, pero a falta de aquellas academias, donde se deformaba el espíritu, han tenido una escuela, la mejor de todas, la de la guerra, y han seguido paso a paso la evolución, difícil y cruenta, que conduce desde una masa inorgánica, indisciplinada, casi caótica a la creación entre tiros, sin una hora para el descanso y la reflexión, de un Ejército Regular.

¡Y qué decir del soldado, de este tan ponderado y glorioso soldado español que, un día y otro, sin esperar otra cosa que el triunfo sobre el fascismo, se bate entusiastamente, derrochando heroísmo, consciente de su misión, sereno y vibrante siempre, en la victoria como en el infortunio! Inmunizado contra todas las adversidades, de pletóricas e insondables energías, dispuesto a dar su sangre en cada hora, sin que tampoco una hora le falte para aprender a leer en las trincheras...

Con todos estos ingredientes, ha nacido, de la España antifascista, un Ejército Popular.

Ejército faccioso: Lo que defiende

Si en el momento de sublevarse se le preguntara a un oficial de la arcaica milicia por qué se rebelaba contra el poder legítimamente constituido, sin vacilar contestaría que por una cuestión de honor. El Ejército no podía tolerar al Gobierno legítimo. El Ejército se sentía vejado, atropellado, afrentado, porque no se cantaban las excelencias de la represión de octubre. Ser o no ser, era su dilema. Pero, de ser, serlo con todos los atributos, con todas las prerrogativas, con todos los privilegios de casta. Nada de circunscribirse al rango social que en justicia le correspondía. Mantenerse en su propio nivel era tanto como sentirse amenazado en su honra. Y antes que su soberbia soportara la estricta adaptación a su función, prefería perder el honor, faltando, salvo honrosísimas excepciones, a la palabra empeñada con la República.

Pero un Ejército que por defender su honor lo perdía, mal podía defenderlo.

¿Por qué, entonces, se lanzó a un movimiento subversivo, si demostrado queda que su honor no existía desde el momento en que se sublevó? Dispuesto a los mayores sacrificios, todos le parecían pocos; y llegaba incluso, en aras de un ideal superior, al de su honra. El Ejército se levantó por salvar a España. Siete años de dictadura, animados del mismo

fracasado propósito, no bastaron para disuadir a la arcaica milicia de su redentora contumacia. Recordemos la frase de Almirante: «Es un hecho que la inteligencia se aparta del estado militar». Salvar a España, ¿de qué o de quién? Del desgobierno, de la ruina, del caos. Reacciones justas, incontenibles, y a la par insignificantes, de la pasión popular, largo tiempo asfixiada por la ominosa tutela de la vieja casta, fueron el pretexto para la intentona postrera. Y por ese fingido temor a la ruina, al caos, se desencadenó esta guerra civil que, en sangre y oro, ha traído el luto, la desolación y la miseria a tantos hogares y, por ende, sin distinción de clases, a toda la sociedad española.

¿Salvar a la Patria? Bien, pero salvarla, equivocados o no, los propios españoles. Una gran masa, anodina, de la arcaica milicia, guiada por su devoción a esa cosa abstracta que es la Patria, y a cuyo amparo, consciente o inconscientemente, tantos crímenes colectivos se han cometido, pudo creer en un principio sinceramente que no andaba descaminada. Pero luego, cuando divisiones extranjeras, a pretexto de una intervención colaboracionista, hollaban el suelo español, cuando las Baleares, que tanto parecían pesar en la preocupación patriótica de aquel Estado Mayor Central que Franco presidió, y Marruecos y Canarias, y nuestras mejores bases navales, y nuestras zonas mineras y fabriles, eran ya asiento y fuentes de especulación de italianos y alemanes; cuando la

oficialidad importada sacudía su desprecio y altivez sobre los pobres y resignados oficiales españoles, ¡cuánto se acordarían éstos de aquellas encendidas palabras que hablaban del amor a la Patria, devueltas con el eco en sus oídos por las piedras centenarias, que rezumaban historia y tradición por sus poros, de los Alcázares de Toledo y de Segovia! Y si alguna vez la arcaica milicia hubiese quemado sus cejas sobre las obras de Villamartin toparía de seguro con esta recriminación que un patriotismo, republicano de pura cepa, no supo omitir: «En las intervenciones es preciso no olvidar que, para el partido en contra del que se interviene, se presenta el que invade con toda la odiosidad de conquistador; y que, para el partido que se favorece, es, por lo menos, sospechoso, si no odiado».

¿Qué defiende, pues, la España de Franco? Ni el honor, ni la prosperidad, ni la independencia de España. Ni la España una, escindida por la arcaica milicia; ni la España libre, hollada por la planta extranjera; ni la España grande, arruinada, sin gloria ni provecho, y sujeta a tutela.

Ejército republicano: Por qué lucha

Lucha, en primer lugar, por dignidad; porque aquel honor, tan acaparado y bien perdido, de la vieja milicia es patrimonio consustancial del pueblo

español que no acepta el vasallaje. Lucha también por el derecho, por la Ley, pisoteada y vulnerada por la vieja casta. Lucha por la libertad, para que nunca su voluntad pueda ser forzada ni adulterado su histórico destino. Lucha por la democracia, base de convivencia de los más extremos sectores sociales. Lucha por la justicia social, para que la miseria y el dolor no se ceban con la cruenta saña de ayer en los hogares humildes. Lucha por la Humanidad, sedienta de progreso, para que las aguas históricas no se estanquen ni corrompan y los pueblos se aperciban contra el peligro de las castas tradicionales. Lucha por la independencia de la Patria, que el invasor cuarteaba olfateando espléndido botín.

Dignidad, libertad, derecho, justicia social, democracia, Humanidad, independencia española. He aquí los postulados del Ejército de la República.

Frente a ellos, el privilegio de clase, la ambición desatada; la traición al honor, al deber y a la Patria, la imitación exótica de sistemas dictatoriales, la corrompida rutina, la huera sensiblería, la vuelta al pasado de una España falsificada.

¿Por qué lucha el Ejército republicano? Por la nueva y auténtica España, que quiere y hasta ahora nunca pudo ser.



Lector: Envía tu opinión sobre este folleto a
EDICIONES ESPAÑOLAS
Av. 14 Abril, 556 — BARCELONA

Ayuntamiento de Madrid